

Recibido el 10 de noviembre de 2014 // Aceptado el 6 de marzo de 2015

---

## TERESA DE JESÚS: LA FORMACIÓN DE LA ESCRITORA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA  
Universidad de Murcia

### RESUMEN/SUMMARY

El lector puede encontrar a Teresa de Jesús en sus obras, en sus libros autobiográficos y místicos y en su poesía. Pero otro modo de revivir a la escritora es conocer su vida, su formación y sus incansables actividades de monja emprendedora y andariega, de mujer única en una España no siempre favorable a aventuras innovadoras y menos promovidas por una mujer. De los obstáculos que logró superar y de su triunfo frente a los apocados, los incrédulos y los engreídos tratan estas páginas, que descubren cómo Teresa de Jesús se engrandece cuando conocemos con detalle todos los acontecimientos vitales que justifican que su obra alcance las más altas cotas de significación espiritual y literaria.

*Palabras clave:* Teresa de Jesús, Carmelo, Contemplación, Libros, Lecturas.

*Teresa of Jesus: The Making of a Writer.*

A reader can encounter St. Teresa of Jesus in her works, in her autobiographies, her mystical books, and her poetry. However, another way to encounter the writer is to know her life, her training and her tireless entrepreneurial activities as a nun, her travels, considering that in Spain during that time women traveling for innovative adventures was not looked at favorably. From the obstacles that she had overcome and her triumph over the faint-hearted, unbelievers and conceited, we discover the greatness of Teresa of Jesus when we know/read in detail all the vital events surrounding/justifying her work that reaches the highest level of spiritual and literary significance.

*Keywords:* Teresa of Jesus, Carmel, Contemplation, Books, and Readings.

Volver sobre Santa Teresa de Jesús es una experiencia única, ya que en cualquier momento podemos recuperar, a través de la lectura de sus obras, no sólo a la religiosa y a la mística sino también a la escritora que intentaremos

entender y explicarnos una vez más todo lo que la santa depositó en sus escritos. Experiencia singular que podemos revivir cada vez que leamos unas líneas suyas. Pero otro modo de vivir a la escritora es conocer su vida, su formación y sus incansables actividades de monja emprendedora y andariega, de mujer única en tiempos en que las mujeres estaban destinadas a otros menesteres ancilares, de activa fundadora en un contexto social no siempre favorable a aventuras innovadoras. Pero Santa Teresa supo superar obstáculos y triunfó frente a los apocados, los incrédulos y los engreídos.

La vida de Santa Teresa fue conocida enseguida por sus seguidores y lectores, y, de hecho, se da la circunstancia singular de la que las fuentes más fiables para el estudio de su biografía las constituyen justamente dos de sus libros fundamentales. El *Libro de la vida* y el *Libro de las fundaciones*. Y, tras estos documentos, numerosas han sido las aproximaciones que nos han permitido conocer la trayectoria vital de la santa en todos sus pormenores y movimientos, aspecto, por otro lado, que suele ser muy cuidado en la tradición cristiana cuando de vidas de santos se trata, ya que son éstas elemento fundamental en la formación y en el conocimiento ejemplificador de sus trayectorias.

Fueron sus mismos contemporáneos los que en su propio siglo dieron a conocer detalles y pormenores de su vida andariega. Fray Luis de León escribe una primera *De la vida, muerte, virtudes y milagros de Santa Teresa de Jesús*. En 1590 aparece la *Vida de la madre Teresa de Jesús, de Pedro Ribadeneyra*, impresa en Madrid, y con el mismo título de *Vida de la madre Teresa de Jesús*, Fray Francisco de Ribera publica otra biografía en Salamanca, a la que seguirán, ya en la centuria siguiente la *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús* (Zaragoza, 1606) de Fray Diego de Yepes, y la *Declamación que trata de la perfecta vida y virtudes heroicas de la Beata Madre Teresa de Jesús y las fundaciones de sus monasterios*, obra del confidente de la santa, Fray Jerónimo Gracián, que aparece en Bruselas en 1611.

Y fuera de España también se difundió muy pronto la vida de la santa. En Roma, y en latín se había impreso en 1609 la biografía de Juan de Jesús María, *Compendium vitae B. Theresiae Virginia a Jesu*. Entre éstas y los más recientes y perfectamente documentados estudios sobre la vida de la santa, se desarrolla a través de los siglos una nutrida bibliografía que se cierra con las imprescindibles biografías contemporáneas: Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Santa Teresa y su tiempo* (Salamanca, 1982) y *Tiempo y vida de Santa Teresa* (Madrid, 1968), Teófanos Egido, *El linaje judeo converso de Santa Teresa*, fundamental para explicar muchas de las iniciativas y decisiones vitales de la santa. La última aportación objetiva e innovadora en el terre-

no de la biografía se debe a Joseph Pérez, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo* (Madrid, 2007), que pone en relación a la escritora con la controvertida época que le tocó vivir al tiempo que actualiza todos los conocimientos que sobre la fundadora se tienen en la actualidad.

Tres períodos distinguen sus biógrafos en la vida de la santa: el de la infancia y la juventud, veinte años transcurridos entre 1515 y 1535, distinguido este período por las aventuras infantiles y la dispersión juvenil; el de la Encarnación de Ávila, veintisiete años, entre 1535 y 1562, en los que la santa lucha por encontrar su propio camino contra sí misma y contra los demás, una vez que ha decidido profesar y entregarse a la vida monástica; y la etapa final, la más fructífera y brillante, la que desarrolla entre 1562 y al fecha de su muerte, 1582, coincidente con las numerosas fundaciones y los continuos viajes que llevó a cabo hasta el último de sus días, veinte años de infatigable actuación espiritual.

Teresa de Cepeda y Ahumada nace en Ávila el miércoles 28 de marzo de 1515 en el seno de una familia de origen toledano bastante incierto hasta recientes investigaciones. Su padre, Alonso Sánchez de Cepeda, hidalgo de desahogada fortuna era hijo de Juan Sánchez, un judío converso de Toledo que, tras ser condenado por la Inquisición, pasó a Ávila a iniciar una nueva vida próspera económicamente. Tras las investigaciones llevadas a cabo, entre otros, por Alonso Cortés, Américo Castro y Márquez Villanueva, y más recientemente por Teófanos Egido, se ha establecido, en efecto, el origen judío por vía paterna, de la santa, lo que propicia, como era habitual en las familias conversas, su acendrada espiritualidad.

Rica heredera que murió muy pronto, a los treinta y tres años, era su madre doña Beatriz de Ahumada, natural de Olmedo (Valladolid). Fue la segunda esposa de Alonso Sánchez de Cepeda, que tenía con su anterior mujer, Catalina del Peso, ya dos hijos. Con doña Beatriz tendría diez hijos, entre los que Teresa, que recibió el nombre poco habitual de su abuela, era el segundo.

La infancia de Teresa se desarrolla en el seno de esta familia de costumbres tradicionales y devotas, y, según nos cuenta ella misma, se estimula y exalta conociendo la vida heroica de los santos, que quieren alcanzar la muerte en el martirio por salvar su alma. Con su hermano Rodrigo, que era dos años mayor que ella, decide marcharse a tierra de moros en busca del martirio. Según la leyenda, será el tío de la santa, el que los alcanzaría saliendo de Ávila, cerca el Calvario de los Cuatro Postes y los haría regresar al hogar paterno.

Poco más de trece años tiene Teresa cuando muere la madre: Estamos a finales de 1528 y le suplica a la Virgen María que, a partir de entonces, sea su madre. Lee lo que cae en sus manos, entre otros, libros o novelas de caballerías, de cuya mala influencia se confesaría más tarde. Su fe infantil va de-

creciendo y sus diversiones de juventud se acentúan con sus hermanos y sus primos. Los biógrafos refieren fiestas y entretenimientos mundanos, incluso algún amor juvenil, pero Teresa como manifestaría más tarde en sus escritos no quería casarse, y, de hecho, en julio de 1531, sin que se sepa exactamente la razón, entra como pupila en el convento de Nuestra Señora de Gracia de Ávila, regido por las agustinas por decisión paterna, posiblemente para poner orden en sus desvaríos juveniles.

María Briceño será allí su maestra de novicias, y ejercerá sobre la muchacha una poderosa influencia, hasta el punto que su concepto del mundo cambia definitivamente. Dura debió de ser la disciplina, ya que Teresa enfermó y de gravedad, y ha de salir del convento y ser llevada al campo, a Castellanos, para convalecer casa de su hermana mayor. En camino hacia ese destino, visitará a su tío Pedro Sánchez de Cepeda, que le facilita lecturas piadosas, entre ellas las *Epístolas* de San Jerónimo. Tras la estancia en el campo y su regreso a Ávila, toma la decisión definitiva, y el 2 de noviembre de 1535 entra en el convento de la Encarnación de Ávila, al amanecer y a escondidas, desoyendo las recomendaciones de su padre, que le pedía que meditase y aguardase algún tiempo. Un año después tomará el hábito y el 3 de noviembre de 1537 profesará definitivamente.

Teresa fue víctima de una gravísima enfermedad, que se acentuaría por los durísimos ejercicios de mortificación y las privaciones monásticas. entre 1537 y 1542. Ante la gravedad de su situación, en 1538, su familia decide llevarla a Becedas, un pueblo a unos cien kilómetros de Ávila, a visitar a una afamada curandera. Por esta época lee el *Tercer abecedario*, de Francisco de Osuna, que acentuaría notablemente su misticismo. Su situación se agrava hasta tal punto que, tras su regreso al convento de Ávila, el 15 de agosto de 1539, tras pedir confesión, sufre un colapso, es dada por muerta y amortajada, pero su padre se resiste a que sea enterrada. Al tercer día, recuperaría la consciencia y se sentiría salvada por intercesión de San José. A partir de este momento, una serie de convulsiones de tipo psicológico y mental, irán jalonado su vida religiosa, con alteraciones de tipo físico de una gran trascendencia para ella.

En 1543, asiste a la muerte de su padre mientras sus procesos de desencantamiento con la vida religiosa y de disconformidad con las costumbres conventuales, le llevan a un particular aislamiento. Sus confesores le piden que insista en la oración, como lo hace el dominico P. Vicente Barrón. Los biógrafos aseguran que la conversión de la santa no llegará hasta 1544, cuando presencia la llegada a su convento de un cuadro con una imagen de un Cristo muy llagado. Ella misma lo cuenta: “en mirándola [la pintura], toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón

me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.”

Le prestan las *Confesiones* de San Agustín durante la cuaresma de ese año, lectura que será fundamental para su definitiva conversión. Ante sus páginas se siente transformada, trastornada: “Cuando llegué a su conversión y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió fin corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí misma con gran aflicción y fatiga.”

Grandes transformaciones en su vida religiosa experimenta en los últimos años de la Encarnación. Viaja a Alba de Tormes y a Villanueva de Aceral en 1556, tras su “desposorio místico”, que le sobreviene cuando está en casa de Doña Guiomar de Ulloa, en 1557. Conocerá y se entrevistará con el padre Francisco de Borja, del que recibirá grandes lecciones y efectivo consuelo, mientras se suceden las visiones intelectuales y la transverberación, que le sobreviene en 1560 en casa de Doña Guiomar. Es en ese mismo año cuando comienza a planear la inevitable reforma de las carmelitas y en 1561, es trasladada por mandato de sus superiores a Toledo, instalándose en casa de don Luisa de la Cerda.

Teresa y un grupo de monjas de la Encarnación, disconformes con la relajación de la vida conventual, desde septiembre de 1560, vienen planeando la reforma de la regla y la fundación de un nuevo convento, para el que van gestionando las oportunas licencias y los necesarios apoyos económicos. La sobrina de Teresa, María de Ocampo y la acaudalada doña Guiomar de Ulloa apoyan financieramente el proyecto. Teresa se asesora en los meses siguientes con Pedro de Alcántara, Francisco de Borja, el dominico Luis Beltrán, y el también dominico Pedro Ibáñez.

Según cuenta la propia santa en la *Vida*, todos la animan a seguir adelante y no cejan en el empeño que recibe por órdenes directas de Dios un día tras haber comulgado. Aprueba el proyecto, bien que a regañadientes, el provincial carmelita y Doña Guiomar de Ulloa se dirige a la Santa Sede para obtener la oportuna licencia. Compran una casa para instalar el nuevo convento y varios miembros de la familia de Teresa aportan caudales, incluso algunos procedentes de América. Como ya sabemos, en la Navidad de 1561, Teresa es obligada por su provincial a dejar Ávila y trasladarse a Toledo.

Pero a su regreso a Ávila, ya en julio de 1562, se encuentra con el Breve pontificio de 7 de febrero en el que aprueba la fundación de San José bajo la obediencia del obispo de Ávila, que, si bien se resiste al principio, por intervención de Pedro de Alcántara recibe a Santa Teresa y queda convencido de la rectitud de sus intenciones y otorga la aprobación definitiva, lo que les permite el 24 de agosto inaugurar el convento y establecer la nueva orden, sin

renta, es decir, pobreza absoluta como en el primitivo carmelo. Seguirán días muy difíciles, con diversas oposiciones de superiores y autoridades civiles de la misma ciudad, pero el empeño sigue adelante y se suceden las profesiones de nuevas monjas. A principios de 1563, una vez instalada en San José es elegida priora del nuevo convento. Por estos días comienza a escribir *Camino de perfección*.

Es la austeridad la que caracteriza la nueva regla: vida de clausura, oración en la celda, abstinencia de la carne, ayuno desde la festividad de la Exaltación de la Cruz (14 de septiembre) hasta Pascua de Resurrección, carencia total de bienes, silencio absoluto desde el rezo de *completas* al de *prima* y andar siempre descalzos, de donde viene la denominación con la que serán universalmente conocidos.

Teresa consigue abrirse camino ante tantas dificultades, a pesar de la oposición férrea de los poderes religiosos establecidos, e inicia una intensa campaña de fundaciones de conventos por toda Castilla y aun por Andalucía. Cuatro años después de la fundación de Ávila, recibió la visita de Juan Bautista Rubeo (Rossi), el General de los Carmelitas, quién no sólo aprobó lo que ella había hecho, sino que además le dio licencia para fundar otros conventos, tanto de frailes como de monjas.

Ofrece cumplida cuenta de puño y letra de la santa el *Libro de las fundaciones*. En él podemos conocer las dificultades, andanzas, sufrimientos y pesares que causaron a Teresa, a lo largo de veinte años sus viajes, sólo compensados con la alegría de crear nuevos centros de oración, en distintas localidades. Sus actividades, gestiones, consultas, oposiciones, apoyos y cuantas incidencias pudieron surgir en cada fundación quedan plenamente reflejados en el libro dedicado a recogerlas e inmortalizarlas. Al joven fraile Juan de la Cruz es en esta etapa cuando lo conoce, exactamente en 1567 en Medina del Campo, recién ordenado sacerdote. Juan tenía veinticinco años, Teresa cincuenta y dos, y entre ellos se establece un excelente entendimiento que se traduce en fiel colaboración, con extensión de la nueva regla entre los frailes y creación de un carmelo descalzo masculino.

He aquí la relación completa de los conventos fundados por Santa Teresa: tras el convento de Monjas de Carmelitas Descalzas de la Antigua Observancia de la Regla de San José de Ávila (24 de agosto de 1562), fundó conventos de monjas en Medina del Campo (1567), Malagón y Valladolid (1568), Toledo y Pastrana (1569), Salamanca (1570), Alba de Tormes (1571), Segovia (1574), Beas y Sevilla (1575), y Caravaca (aunque no asistió personalmente a la fundación, 1576). Tras conocer a Antonio de Heredia, prior de Medina, y a Fray Juan de la Cruz, empezó su reforma de los frailes (28 de noviembre de

1568), y fundó los primeros conventos en Duruelo (1568), Pastrana (1569), Mancera, y Alcalá de Henares (1570).

A partir de su encuentro con Jerónimo Gracián se inicia una nueva etapa en las actividades de la santa, ya que Gracián fue nombrado por el nuncio para el cargo de visitador apostólico de los frailes y monjas carmelitas de la estricta observancia de Andalucía, y como tal, se consideró con el derecho a oponerse a las restricciones dadas por el general y el capítulo general. Nuevos tiempos muy difíciles se produjeron a la muerte del nuncio hasta que se logró crear la provincia de carmelitas descalzos, con el apoyo de Felipe II, que fue aprobada y canónicamente establecida el 22 de junio de 1580. Santa Teresa realizó, a pesar de sus enfermedades y dificultades físicas que hacían muy penosos sus viajes, más fundaciones, a partir de aquella fecha, en Villanueva de la Jara y Palencia (1580), Soria (1581), Granada (a través de su asistente Ana de Jesús), y Burgos (1582).

A finales de julio de aquel 1582, y tras su última fundación, sale de Burgos, se detiene en Palencia, en Valladolid y en Medina del Campo, y llega a Alba de Tormes en septiembre en unas condiciones físicas muy limitadas que le hacen guardar cama y le imposibilitan seguir el viaje hacia Ávila. Agravadas sus dolencias, muere el 4 de octubre de 1582. El día siguiente, debido a la reforma del calendario ordenada por el papa Gregorio XII, era 15 de octubre. Después de algunos años su cuerpo fue trasladado a Ávila, pero luego fue nuevamente trasladado Alba de Tormes, en donde todavía se conserva incorrupto.

No se puede entender bien la figura de Santa Teresa si no la situamos en la sociedad de su tiempo, en la compleja España de la segunda mitad del siglo XVI, la época de Felipe II. Ella misma, en sus obras, pero muy especialmente en el *Libro de la vida* y en *Las fundaciones* da muy buena cuenta de las personas que se cruzan en su camino, y se refiere con todo detalle a aquellos con los que ha convivido, con los que ha tenido que gestionar sus fundaciones, los que se han opuesto a sus propósitos y, sobre todo, los que la han ayudado, los que han apoyado sus proyectos, y lo que es más decisivo, todos los que le han aconsejado y han guiado su vida espiritual y, consecuentemente, su vida pública, su vida de fundadora.

No vivió siempre encerrada en los muros de su convento ya que, como señala y documenta ampliamente Joseph Pérez, en su libro *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, ni siquiera en la etapa de la Encarnación, y, menos aún, en su época de fundadora, estuvo alejada del mundo, a pesar de la rigurosa clausura que regía la regla por ella misma reformada.

En la Encarnación recibía visitas y no todas eran de devoción. Ella misma también salía a menudo de los muros conventuales para hacer visitas, para acudir a encuentros, e incluso realizaba cortos viajes a localidades cercanas.



En alguno de sus desplazamientos, vivió en casas nobles, en la que era recibida y atendida con las consiguientes entrevistas y largas conversaciones. Además de estancias en casa de Luisa de la Cerda en Toledo, en otra ocasión y por orden del mismísimo Felipe II hubo de residir en el palacio de la duquesa de Alba, en Alba de Tormes, para acompañar a la duquesa, cuando su esposo estaba en la campaña de Flandes.

Coincidió la etapa de más rigurosa clausura, la de sus fundaciones, con la de mayor movimiento y numerosos viajes en condiciones más que penosas, que habían de hacerse en carretas totalmente cerradas, aunque fuese en pleno julio o agosto. La misma Teresa decía que entrar en esos carros era como entrar en el purgatorio. Los caminos infernales, las ventas inadecuadas y desprovistas, la inseguridad de los trayectos, ponen de relieve el mérito de esta mujer emprendedora que hubo de sufrir lo indecible en sus desplazamientos, a veces muy largos, porque hay que recordar que llegó a fundar desde Burgos a Sevilla. Y todo con una salud quebradiza, alimentación inadecuada, privaciones voluntarias u obligatorias, ayunos prolongados, etc., incomprensibles de resistir por una naturaleza física normal.

Teresa tendría necesidad de entrevistarse con poderosos de todo tipo para gestionar permisos y licencias ante autoridades civiles y religiosas, negociar ante bondadosos donantes las provisiones económicas mínimas, e, incluso, gestionar con los obreros de las construcciones la edificación, restauración o modificación de las casas que, una vez compradas, habrían de convertirse en sede de la nueva fundación. Sus libros autobiográficos refieren con detalles de singular amenidad encuentros, visitas y todo tipo de incidencias materiales, que ponen de manifiesto imágenes de la sociedad de su tiempo que la propia escritora ha legado con singular fidelidad no sólo a la literatura sino también a la historia de su tiempo.

El estamento social con el que la religiosa tuvo una mayor y más constante y mantenida relación, es el representado por el clero, sacerdotes y autoridades eclesiásticas, monjas de su convento y de su orden y de otras órdenes y conventos, priores, provinciales, incluso algún obispo que hubo de visitar en momentos de máxima tensión, visitantes, confesores, consejeros de lo más diverso, que ejercían sobre ella diferente y muy seleccionada influencia. Juegan un importante papel en su biografía figuras muy señaladas de la espiritualidad española de la época que, como ella, alcanzaron los altares: Francisco de Borja, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz y algunos otros. La sociedad clerical de su tiempo, sin embargo, era una sociedad en general muy atrasada, sobre todo en el estamento de los curas rurales, de los curas de pueblo, curas de misa y olla que carecían de formación teológica adecuada y que los más comprometidos reformadores de la época denunciaban poniendo de relieve la notable ignorancia y las malas costumbres de este sector.



En el capítulo tercero de la *Vida*, la propia santa hace una detenida referencia a un caso realmente llamativo, el del cura de Bercedas, que, aunque inteligente y nada ignorante, vivía en concubinato con una mujer de su localidad, situación que conocía todo el mundo, pero que no le impedía el ejercicio de su sagrado ministerio. Lo más curioso es la justificación que de su pecaminosa existencia llega a hacer nuestra escritora, al atribuir su desordenada vida a un hechizo que hacía la amante sobre él al obligarle a llevar colgado del cuello un idolillo de cobre. Aunque no cree en estas supersticiones, según manifiesta, lo cierto es que ella logra reconducirlo por el buen camino deshaciendo la influencia del maligno hechizo.

Ella misma cuenta del igual forma que también tuvo ocasión de tratar con clérigos muy ilustrados, tal como, con sacerdotes ejemplares con los que se aconsejó y con los que llegó, en ocasiones a disentir. Entre ellos destaca el sacerdote Gaspar de Daza, sabio, licenciado, beneficiado de la catedral de Ávila, muy cercano a la santa, pero nada inclinado a aceptar y aprobar las visiones de Teresa, lo que le producía gran contrariedad tal como relata en el capítulo 43 de la *Vida*: “Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar a llegar almas a Dios, cómo no fue servido entendiéndose la mía ni se quisiese encargar de ella; y veo fue todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.”

Fueron clérigos de diferentes órdenes religiosas, de gran formación y sabiduría, los que ejercieron más influencia sobre Teresa en diferentes etapas de su vida. En momentos difíciles, tanto personales y espirituales, como públicos e institucionales, acudió a frailes “letrados”, como ella denomina a los más preparados, que la confortaron adecuada mente, la asesoraron y la aconsejaron siempre lo mejor. De ello dan buena prueba muchos capítulos de sus libros autobiográficos.

Así son citados algunos dominicos: Vicente Barrón, que, como cuenta en el capítulo 19 de la *Vida*, le lleva en momentos oscuros a retomar la oración, a la altura de 1554, y la guía hacia la vida contemplativa; Pedro Ibáñez, al que considera, en el capítulo 32 de la *Vida* que “era el mayor letrado, que entonces había en el lugar y pocos más en su Orden”; Gaspar de Toledo, que le ayudó en la fundación de San José; y Domingo Báñez, que revisó, corrigió y autorizó el manuscrito de la *Vida*. Catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, era considerado por Teresa “muy letrado”. Los jesuitas se establecieron en Ávila en 1550 y ejercieron siempre fructífera influencia sobre la santa, que manifiesta una y otra vez su plena confianza en ellos, por su preparación, por su sabiduría y por saber estar a la altura de las circunstancias. Por ello los prefirió siempre como confesores. Entre ellos, el jovencísimo

Diego de Cetina, que la sosiega con paternidad sobresaliente (tan sólo tenía veintitrés años) en sus cuitas sobre las visiones en 1555; Juan de Pradanos, confesor de doña Guiomar de Ulloa, a sus veintisiete años, era también muy admirado por Teresa; Baltasar Álvarez, que le asegura que sus visiones no era demoníacas; y, desde luego, Francisco de Borja, que viaja a Ávila en dos ocasiones, en 1554 y en 1557. Teresa acude a visitarlo en esta segunda ocasión y así lo cuenta en su *Vida*, en el capítulo XXIV: “En este tiempo vino a este lugar el padre Francisco, que era duque de Gandía y había algunos años que dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor -y el caballero que he dicho también vino a mí- para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios, que, como quien había mucho dejado por Él, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre que comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a Su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dio la medicina y consejo, que hace mucho en esto la experiencia. Dijo, que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, y el caballero también holgábase mucho que dijese era de Dios y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.”

Destacan, entre sus asesores, además dos personajes harto llamativos: los napolitanos Giovanni Narducci o Johan Narduch, que una vez hecho carmelita sería el padre Juan de la Misericordia, pintor que llegó a hacer el único retrato auténtico de nuestra escritora; y Ambrosio Mariano Azzaro, que, una vez integrado en el Carmelo, fue Mariano de San Benito. Ambos, tras una existencia bastante accidentada por distintos lugares de Europa y diferentes cenobios, se convirtieron en peones de brega a las órdenes de Teresa y colaboraron con ella en aspectos hasta de orden material sorprendente. En Beas del Segura conoció Teresa a otro colaborador fundamental en su vida y en sus empresas: el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, que, como hemos señalado, fue visitador apostólico para Andalucía, con sólo treinta años, y se convirtió en uno de sus más directos colaboradores. Defendido y protegido siempre por la santa, a su muerte sus enemigos se ensañaron con él, y sufrió una existencia de lo más accidentada.

Por supuesto, entre sus compañeros de viaje, siempre hay que destacar la figura excelsa de Juan de la Cruz, al que conoce en Medina del Campo, en 1567. En 1568, en Valladolid, estuvieron dos meses juntos, y Teresa le instruyó en la reforma del Carmelo, de la que se convirtió en uno de los máximos promotores. La última vez que coincidieron fue en 1581, cuando Juan

pide a Teresa que vaya a Granada a fundar, algo que ella no podrá hacer por estar ocupada en la fundación de Burgos. Siempre fue el discípulo predilecto, y Juan leyó las obras de la santa, algo que ella no pudo hacer con las de su discípulo, quien a ella tan solo la nombra una vez, con filial emoción, en el *Cántico espiritual*: “la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra Madre, dejó escritas estas cosas de espíritu admirablemente”.

Las relaciones de Teresa con las clases dirigentes, la nobleza, la aristocracia e incluso la corona constituyen otro capítulo muy representativo de los contactos con la sociedad de su tiempo. Teresa, pertenecía, como sabemos, a una familia burguesa que se encuadraba en la hidalguía para no pagar impuestos, pero sabía muy bien que nobleza y clases dirigentes podían ser muy útiles a la hora de llevar adelante sus propósitos reformistas y fundadores. En este orden de cosas es ejemplar su amistad con la aristócrata de Toledo Luisa de la Cerda, en cuya casa residió temporadas y que apoyó decisivamente la reforma. Teresa recoge en el capítulo 34 de la *Vida* su visita en 1561 a la casa noble en la que residía: “se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas de este, que estaba una señora muy afligida a causa de habersele muerto su marido; estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia de esta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor así, que le dijese bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal y supo que yo estaba en monasterio que salían, póneme el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial que estaba bien lejos. Él me envió un mandamiento con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera. Y lo supe la noche de Navidad.”

No queda muy bien retratada la sociedad noble de la época, como señala Joseph Pérez, en la obra de Teresa, tal como la refleja con motivo de esta visita, un panorama muy desencantado cuando cuenta: “Saqué una ganancia muy grande y decíasele. Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado y no las complexiones, han de comer muchas veces los manjares más conforme, a su estado, que no a su gusto. Es así, que del todo aborrecí el desear ser señora -¡Dios me libre de mala compostura!- aunque ésta, con ser de las principales del reino creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la había lástima y se la he de ver como va muchas veces no conforme a su inclinación por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos. No se

ha de hablar más con uno que con otro, sino a él que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.”

Teresa se sentía más integrada entre la burguesía que entre la nobleza como constatan sus biógrafos, y un buen ejemplo lo constituye, a juicio de Joseph Pérez, lo que la santa relata en el capítulo 15 de las *Fundaciones*, cuando, en el momento de fundar el Carmelo de Toledo en 1569, un mercader, Martín Ramírez, acude a subvencionar los gastos de la implantación, lo que provoca los celos de la aristocracia. Teresa ve en el ejemplo de Jesús, y en su pobreza, la solución a este dilema.

Paro aun así Teresa de Jesús se integró plenamente en la sociedad de su tiempo, y ello a pesar de las particulares circunstancias personales, que en teoría confinaban en los muros del convento a una mujer profesa en una orden severa. A través de sus escritos autobiográficos, es fácil advertir hasta qué punto tenía los pies en la tierra y luchaba por procurar con dignidad sustentos materiales mínimos, lugares para la meditación y la oración que no tenían por qué estar separados de la difícil sociedad de su tiempo.

Mujer al fin, da muy buena cuenta en sus páginas, desde la humildad asumida sin prejuicios en sus páginas de su condición de mujer, que como tal era capaz de llevar adelante iniciativas que a los varones de su tiempo dejaron no sólo sorprendidos sino además celosos. Pero la seguridad con la que había asumido su destino le hacía superar todas las dificultades, a pesar de todo, a pesar de ser mujer y presentarse una y otra vez como débil e ignorante, a pesar de ser monja y estar sometida a la obediencia, y, por encima de los severos prejuicios sociales, que regían en su controvertida época las relaciones entre hombres y mujeres.

Como tantas veces se ha repetido, Santa Teresa escribió porque se lo mandaron sus confesores, pero queda claro que tal situación no hubiese sido posible ni prudente si sus consejeros no hubieren advertido en ella determinada inclinación a las letras. Si la invitan a que escriba es porque consideran y están convencidos de que puede hacerlo y, además, de que puede llevarlo a cabo con garantías de que sus escritos puedan ser leídos por los demás, sin peligro, en tiempos en que estas circunstancias se miraban con lupa, y llegar tales escritos a ser ejemplares o modélicos. Una escritora no se improvisa de la noche a la mañana y, sin duda, los que toman esta decisión y así la aconsejan, conocían y bien sus capacidades y confiaban en ellas, sabían de sus cualidades de lectora que poseía desde niña. Teresa era considerada una lectora empedernida e infatigable desde la infancia.

Víctor García de la Concha, en *El arte literario de Santa Teresa*, ya dejó establecido, frente al tópico tantas veces traído y llevado ya en su época de que tenía escasa o nula formación y escribía de forma intuitiva, por inspiración personal y al margen de toda tradición literaria, que en la formación de nuestra escritora ejercieron su influencia tres elementos diferentes y complementarios: la lectura de tratados espirituales, libros devotos perfectamente identificados; la consulta verbal a sus confesores y a otros religiosos acreditados por su sabiduría y magisterio; y, finalmente, el aprendizaje directo a través de la predicación. Estas dos últimas fuentes, orales, eran habitual cauce de instrucción y enseñanza para muchas gentes devotas, ya que la lectura no era muy común en la época. La presencia de la oratoria sagrada, brillante en su tiempo, se advierte en sus escritos por el empleo en ellos de los muchos recursos propios de los sermones, como la utilización de anécdotas e historias, que amenizaban la exposición doctrinal.

Un importante conjunto de investigadores ha establecido con todo detalle, desde hace muchos años, cuáles fueron las lecturas de Santa Teresa, cuál fue el taller en el que se formó como escritora. Ella misma, en sus escritos autobiográficos, informa puntualmente, como hemos de ver, de algunos títulos que le influyeron o marcaron especialmente. Sabemos, porque ella lo cuenta en su *Vida*, que a la edad de seis o siete años, siguiendo el ejemplo paterno y familiar, leía vidas de santos, que le condujeron a querer emularlos: “Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos, estos. Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme, de edad (a mi parecer) de seis o siete años.” También sabemos que posteriormente fue muy aficionada a la lectura de los libros de caballerías.

Entre estos dos polos ve Víctor García de la Concha, que lleva a cabo en *El arte literario de Santa Teresa* un exhaustivo y completo examen de las lecturas de la santa, los fundamentos de su formación como lectora y como posterior escritora, y, de hecho, aunque no son muchas las ocasiones, en sus expresiones escritas se conservan modos propios de los libros de caballerías, hipérbolos y comparaciones. La afición se la trasmite su propia madre: “Era [mi madre] aficionada a libros de caballerías y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos. Y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzó a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan extremo

lo que en esto me embecía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.”

La santa no sabía latín y ella misma así lo declara y señala que le provocaba gran descontento, sobre todo a partir de 1559, cuando el inquisidor general Valdés establece el famoso *Índice* de libros prohibidos, en el que se incluyen numerosos volúmenes de devoción escritos en lengua romance, de manera que los que querían leer libros de este tipo debían hacerlo en latín. No se sabe con certeza dónde aprendió la niña Teresa a leer y a escribir. Posiblemente en su propio hogar y lo más probable es que enseñada por su madre, gran lectora como sabemos. Porque no consta que asistiese a ningún tipo de escuela ni colegio, algo por otra parte impropio de las niñas en su época. Esta es la razón lógica de que no supiera latín, que sólo se enseñaba en los colegios, reservados normalmente a varones. Y bien que lo lamentará nuestra escritora, en el capítulo 38 de su *Vida*: “No tenemos letras las mujeres”. Aun así no era una persona ignorante, por más que ella con humildad carmelita lo diga una y otra vez, y siempre procuró acrecentar sus saberes con todas aquellas lecturas que caían en sus manos.

Libros había en su casa y de lo más variado. Los biógrafos citan un inventario realizado en 1507, antes de que Teresa naciera, cuando muere la primera esposa de su padre, en el que se relacionan los libros que don Alonso poseía, que pertenecían a géneros diversos. Los había piadosos, como el *Retablo de la vida de Cristo*, del cartujo Juan de Padilla, poesías religiosas de Fernán Pérez de Guzmán, un *Tratado de una misa*, un libro titulado *Los siete pecados*; libros de la época como el *Laberinto* y la *Coronación* de Juan de Mena o la *Gran conquista de Ultramar*; textos clásicos, Cicerón, Virgilio, Boecio, etc.

El *Libro de la Vida* nos revela que la madre de Teresa tenía sus propios libros. Sabemos que distraía sus numerosas ocupaciones y pesares domésticos, evadiéndose en la lectura de los libros de caballerías, especie proscrita en la época entre gente de bien y devota. La propia Teresa confiesa que los leía a escondidas de su padre, pero debieron de prender bien en ella y no es de extrañar que los primeros biógrafos nos transmitan que la joven Teresa y uno de sus hermanos planearon escribir un libro de caballerías, que se había de titular *El caballero de Ávila*, cuyo protagonista sería un tal Muñoz Gil.

Que la lectura era uno de sus compañeros y auxilios habituales ella misma lo deja escrito en el capítulo 4 de la *Vida*: “Jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario, mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma y los pensamientos perdidos: con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Y



muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía.”

Y así hasta 1559 cuando el inquisidor general Valdés publica el *Índice*, aunque los especialistas aseguran que para esa fecha Santa Teresa ya está plenamente formada y escribiendo sus libros. Pero de su descontento, deja clara constancia en el capítulo 26 de la *Vida*, aunque ella misma reconoce que en esa fecha se sentía ya muy formada y ya poco le hacían los libros. El texto es espléndido para comprender la madurez de la santa y su avance en su vida interior: “Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos y yo no podía ya, por dejarlos en latín; me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en que pensar y recogerme en lo que veía presente y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros.”

Desde su ingreso en el convento de las agustinas de Nuestra Señora de Gracia, podemos seguir su actividad lectora. Cuando, enferma, se dirige a casa de su hermana a Castellanos, se detienen para descansar y visitar a su tío Pedro Sánchez de Cepeda en su casa de Ortigosa, éste, que estaba a punto de ingresar en los Jerónimos, le facilita una relación de lecturas devotas y le entrega las *Epístolas* de San Jerónimo, cuya lectura confirma su decisión de entrar en el Carmelo. Tiene Teresa en ese momento tan sólo dieciséis años. El *Tercer abecedario* de Francisco de Osuna, las *Confesiones* de San Agustín y la *Subida al Monte Sión* de Bernardino de Laredo son los otros libros citados por Santa Teresa en su *Vida*, y de todos ellos da muy buenas referencias. María de San José alude a la gran afición que la santa tenía hacia otro libro muy difundido en la época, la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, que Teresa denomina *Comptemptus mundi*, recomendado por ella al principio de sus *Constituciones*, como libro que debería figurar en las bibliotecas conventuales de la Orden. Podemos deducir otras lecturas preferidas de la santa, que además del Kempis, recomienda que se disponga del *Cartujano*, de *Flos sanctorum*, *Oratorio de religiosos* y las obras de Pedro de Alcántara y de Fray Luis de Granada, con quien Teresa mantuvo correspondencia. Los estudiosos de la santa han señalado significativas concomitancias entre el estilo y expresiones concretas de uno y otra.

No se han puesto los especialistas muy de acuerdo en valorar o confirmar la influencia que pudieron tener todas estas lecturas en las obras autobiográficas y doctrinales de la santa. Frente a los que opinan que la escritora llevó a cabo una tarea de síntesis y elaboración de sus numerosas lecturas, otros apuestan por su independencia y originalidad, sin que todos estos libros, que



enriquecieron, sin duda, su vida espiritual, puedan haber influido en su escritura. Víctor García de la Concha, sin embargo, ha llevado a cabo, en *El arte literario de Santa Teresa*, un detenido rastreo de las posibles influencias en el pensamiento, en la doctrina e incluso en los planteamientos simbólicos y alegóricos de sus obras, de todas y cada una de las lecturas señaladas. Como resume García de la Concha, todos los libros citados son los habituales en un recogido de la época, y, de sus lecturas, se desprende la aceptación por la santa de la doctrina del recogimiento.

Para concluir nuestras reflexiones sobre la formación de la escritora hemos de destacar la importancia que tuvieron en su espíritu y en su capacidad de autora la convivencia con sus confesores y colaboradores en la reforma. Justamente, ese era, de cara a sus superiores y sus censores, su mayor defensa cuando era acusada de atrevimientos insólitos en una monja, que además de monja era mujer. El apoyarse en sus confesores daba confianza a sus superiores y alejaba sospechas de apartarse de la línea correcta. Pero al mismo tiempo esos confesores, que ella pretendía siempre que fuese muy “letrados”, le aportaban fuentes para sus propias obras. Tengamos en cuenta, por ejemplo, que ella prefirió siempre a los jesuitas. No es seguro que Teresa leyese, y ni siquiera realizase, los ejercicios espirituales que prescribía San Ignacio de Loyola en su libro, porque en vida de Teresa sólo existía la versión original en latín. No se traducirían hasta entrado el siglo XVII.

Aun así es muy evidente y notable la influencia en sus obras del pensamiento jesuítico, y éste vino, como se ha asegurado, a través de sus confesores, muy preparados y doctos evidentemente. Uno de ellos, el padre Diego de Cetina fue titular de la cátedra de Prima Teología en Toledo. Si pensamos en los dominicos que ella procuró como consejeros, lo mismo podemos afirmar. No hay duda que mucho debió de aprender del padre Domingo Báñez, que fue catedrático de la Universidad de Salamanca en la misma cátedra que había desempeñado su maestro Francisco de Vitoria. Y no digamos la influencia que debió ejercer sobre su espíritu el haber conocido personalmente a Fray Pedro de Alcántara, al que nombra con devoción en sus escritos y cuyos libros recomienda que se lean en los conventos de la Orden. Los encuentros con Francisco de Borja o la permanente relación con Juan de la Cruz, fueron, como ya hemos señalado beneficiosos para su espíritu, pero también inspiradores, en su sabiduría y consejos, para su taller de escritora.

La figura de Santa Teresa de Jesús se engrandece cuando conocemos con detalle todos estos datos relacionados con su vida, su formación y su contexto social. No nos puede extrañar entonces que su obra alcance las más altas cotas de significación espiritual y literaria.

**BIBLIOGRAFÍA**

N. ALONSO CORTÉS, «Pleitos de los Cepeda», en *Boletín de la Real Academia Española*, 25 (1946) 85-110.

T. ÁLVAREZ, *Estudios Teresianos*, 3 vols., Monte Carmelo, Burgos, 1995-1996.

T. ALVAREZ, *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, Espiritualidad, 1978.

J. BARRERA SÁNCHEZ, *El rostro humano de Teresa de Ávila*, Sígueme, Salamanca, 1981.

BERNARDUS A IESU MARÍA, OCD, *Acta Authentica Canonizationis Sancate Virginis et Matris Theresiae a Iesu, fundatricis reformationis ordinis Beatissimae Virginis Mariae de Monte Carmelo*, Barcelona, 1622.

A. CASTRO, *Teresa la santa y otros ensayos*, Madrid, 1929; reimpr. *Teresa la Santa y otros ensayos*, Madrid, Alfaguara, 1972.

A. COMAS, «Espirituales, letrados y confesores en Santa Teresa de Jesús», en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, Universidad, 1966, 2 vols., II, pp. 85-99.

M. CRIADO DE VAL, ed., *Santa Teresa y la literatura mística hispánica: Actas del I Congreso internacional sobre Santa Teresa y la mística hispánica*, Madrid, EDI-6, 1984.

CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Santa Teresa de Jesús. Su vida y su doctrina*, Barcelona, Labor, 1936.

EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Santa Teresa por dentro*, Madrid, Espiritualidad, 1973.

EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS Y OTGER STEGGINK, *Santa Teresa y su tiempo*, Salamanca, Caja de Ahorros de Salamanca y Soria, 1982 y 1984, 3 vols.

EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, Editorial Católica, 1988.

AURORA EGIDO, «Santa Teresa contra los letrados. Los interlocutores de su obra», *Criticón*, XX, 1985, pp. 85-121.

TEÓFANES EGIDO, *El linaje judeoconverso de Santa Teresa*, Madrid, Espiritualidad, 1986.

V. GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978.

GRACIÁN DE LA MADRE DE DIOS, Jerónimo, *Declaración en que se trata de la perfecta vida y virtudes heroicas de la Santa Madre Teresa de Jesús y de las fundaciones de sus monasterios*, Bruselas, 1611; reeditada por Padre Silverio de Santa Teresa OCD. en *Biblioteca Mística Carmelitana*, Burgos, 1933, vol. 16, pp. 485-510.

J. M<sup>a</sup>. JAVIERRE, *Teresa de Jesús: Aventura humana y sagrada de una mujer*, Salamanca, Sígueme, 1998.

JERÓNIMO DE SAN JOSÉ OCD., *Historia del Carmen Descalzo*, Madrid, por Francisco Martínez, 1637.

JULIÁN DE ÁVILA, *Vida de Santa Teresa de Jesús, por el maestro Julián de Ávila, primer capellán de la santa*, obra inédita anotada y adicionada por Don Vicente de la Fuente, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1881.

F. LÁZARO CARRETER, «Santa Teresa de Jesús, escritora (El *Libro de la vida*)», en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, I, pp. 11-27.

GUIDO MANCINI, *Teresa d'Avila. La libertà del sublime*, Pisa, Giardini, 1981.

F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «La vocación literaria de Santa Teresa», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 32 (1983) 355-379.

F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «El símil del castillo interior: sentido y génesis», en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, Salamanca, Universidad, 1984, pp. 495-522.

R. MENÉNDEZ PIDAL, *Estudios sobre Santa Teresa*, ed. José Polo, Málaga, Universidad de Málaga, 1998.

ALFRED MOREL-FATIO, *Nouvelles études sur Sainte Thérèse*, París, Bouillon, 1911.

E. OROZCO, *Expresión, comunicación y estilo en la obra de Santa Teresa*, Granada, Diputación Provincial, 1987.

JOSEPH PÉREZ, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, Madrid, Algaba, 2007.

FRANCISCO DE RIBERA, S.J., *La vida de la Madre Teresa de Iesús, fundadora de las Descalças y Descalços Carmelitas, compuesta por el P. Doctor... de la Compañía de Iesús* y repartida en cinco libros, Salamanca, Pedro Lasso, 1590; ed. moderna Madrid, Edibesa, 2004.

ROSA ROSSI, *Teresa de Ávila*, Barcelona, Icaria, 1997.

P. SÁINZ RODRÍGUEZ, *Introducción a la Historia de la Literatura mística en España*.

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, Burgos, El Monte Carmelo, 1935-37, 5 vols.

OTGER STEGGINK, *Experiencia y realismo en Santa Teresa y San Juan de la Cruz*, Madrid, Espiritualidad, 1974.